

El acueducto de Zempoala: las respuestas de fray Francisco de Tembleque

Alain Musset

Construido a mediados del siglo XVI, para llevar agua potable al pueblo de Otumba, el acueducto conocido hoy en día bajo el nombre de su constructor, el padre fray Francisco de Tembleque, todavía alza sus arcos monumentales arriba de una profunda barranca, un poco al este de Tepeyahualco, sobre la carretera federal número 132, entre Teotihuacán y Tulancingo. Sin embargo, los arcos que se pueden ver desde la carretera no son más que una pequeña parte de una obra gigantesca¹ que, desde hace más de cuatro siglos, provoca la admiración de los cronistas, viajeros, e historiadores. Famoso por sus cualidades arquitectónicas, el acueducto lo es también por las pinturas indígenas y los glifos de sus paredes. Estas decoraciones fueron estudiadas por Angel María Garibay y Joaquín Galarza, aunque desafortunadamente el trabajo de este último nunca se haya publicado.

Un libro entero fue dedicado a la personalidad del padre Tembleque: el de Octaviano Valdés.² Esta es una publicación de corte más poético que histórico, basada en las leyendas de la construcción casi "milagrosa" del acueducto. De hecho, no podemos olvidar que a pesar de ser el padre Tembleque un personaje famoso en la historia novohispana, todavía persiste un cierto misterio en torno a él. Escasos son los documentos de la época que tratan de su vida y de su obra. Algunos testigos, como fray Gerónimo de Mendieta, que fue a visitarlo en su lugar de trabajo, nos brindan algunas informaciones, pero

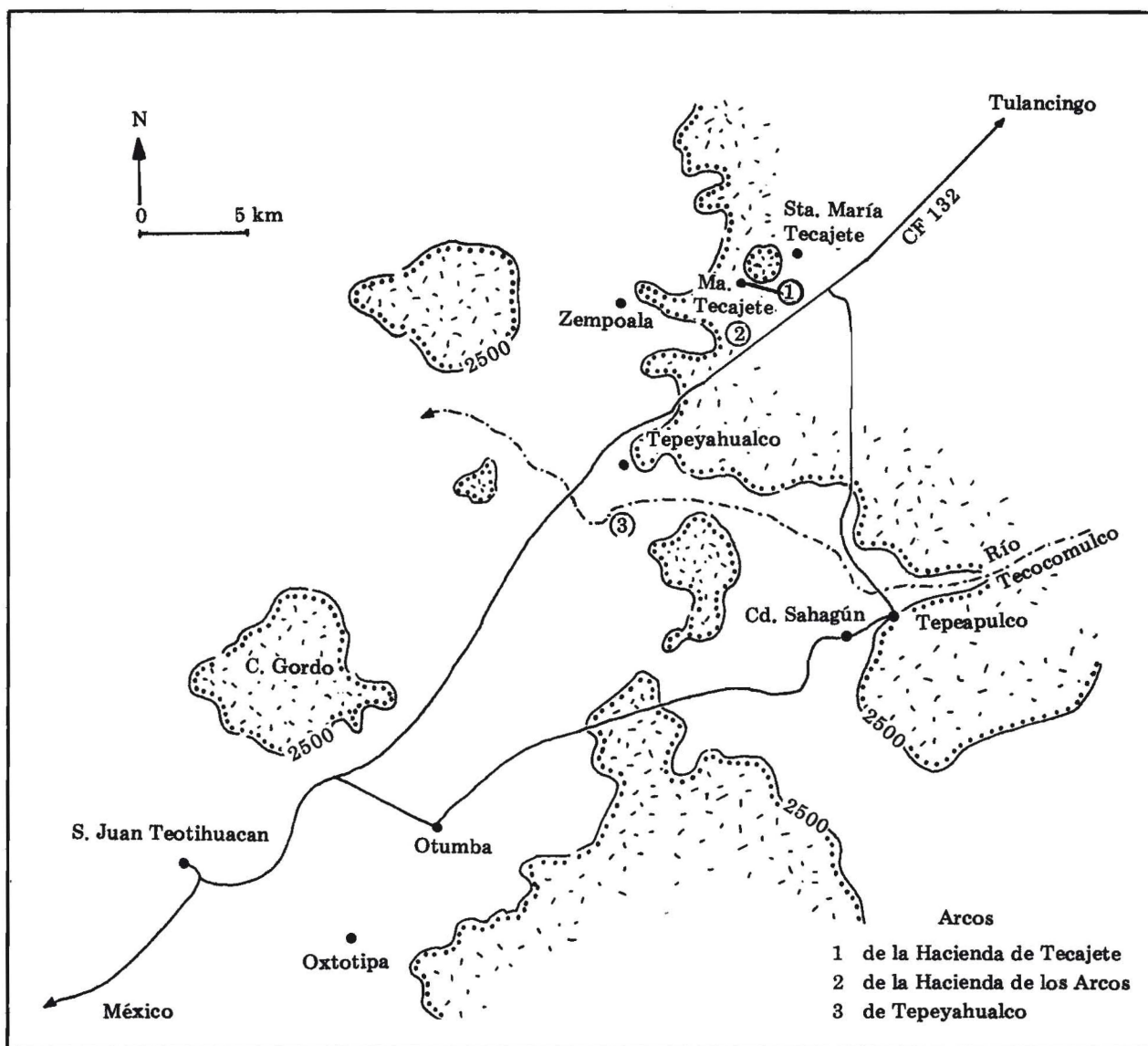
no con datos suficientes para lograr definir la personalidad del franciscano, ni tampoco la historia completa de su obra.³

Por todo lo dicho, cualquier documento nuevo sobre el padre Tembleque, o sobre el acueducto, puede resultar muy importante y proporcionarnos un poco de luz sobre una obra hidráulica tan extraordinaria. Presentamos aquí un documento que en nuestra opinión no carece de valor: por primera vez, en efecto, habla el padre Tembleque, contestando a quince preguntas sobre su trabajo y sobre la vida de los indios de Otumba.

Algunos datos sobre el acueducto de Tembleque

De hecho ¿qué sabemos del padre y de su acueducto, antes de la lectura de este manuscrito? Las informaciones más valiosas las sacamos de Mendieta,⁴ quien dedica unas cuantas líneas al franciscano de Otumba y a su compañero fray Juan de Romanones en su Historia. Los dos frailes vinieron de Castilla; el primero del pueblo de Tembleque, y el otro de Romanones. Otro texto de Mendieta, verdadero catálogo de la provincia franciscana de Nueva España, redactado en 1570, confirma esta información. Escribe al respecto:

Frai francisco de tembleque, de sesenta años. Es confesor de españoles y de los yndios confessor y predicador en la lengua mexicana.



na. A sido guardian en las casas principales y a echo obras notables en ornato de las repúblicas de los yndios.

Un documento anexo añade: “de la provincia de Castilla”.⁵ Al contrario de fray Juan de Romanones, considerado como “una de las mejores lenguas que en esta tierra ha habido”, Tembleque nunca logró hablar el nahuatl con todo el ornato que le daban los religiosos cultos. Al pa-

recer, hablaba la lengua del pueblo. Aunque no sabía componer discursos, sermones encantadores, ni tampoco hacer traducciones floridas del latín al nahuatl, podía al menos conversar con los indios de su pueblo y de su doctrina.

Merced a la obra de Mendieta, disponemos por otra parte de unos datos sobre el acueducto que construyera Tembleque o, mejor dicho, que mandara construir. Acerca del porqué de la obra, nos dice Mendieta que Otumba estaba ubicado

en una región semidesértica, que carecía de agua. Además, el ganado de los españoles bebía en los jagüeyes de los indígenas, con lo que ensuciaba y contaminaba el agua. Para el padre Tembleque, la única solución era traer el agua potable de lejos. Al parecer, nunca pensó en prohibir que el ganado tuviera acceso a los jagüeyes.

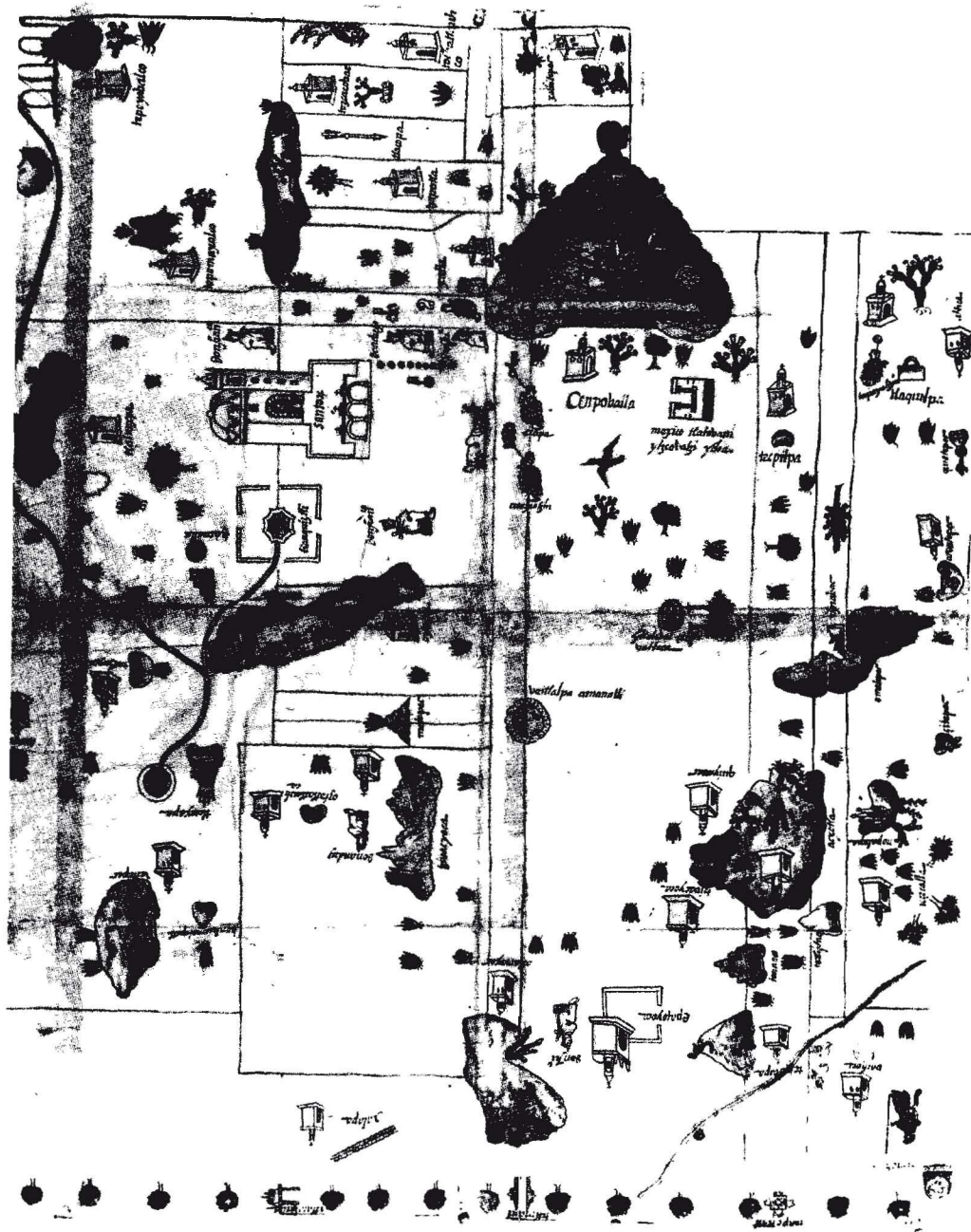
La segunda información brindada por Mendieta toca lo espiritual. En efecto, según él, este acueducto nunca hubiese podido llevarse a cabo, sin el socorro de los santos. Aun los más potentes monarcas nunca hubieran podido hacer lo que logró un frailecillo sin dinero ni conocimientos arquitectónicos, pero que disponía de una mano de obra al parecer muy calificada. Como lo dice el mismo Mendieta: "ni él pudiera disponerse a semejante obra, si no fuera con inspiración y particular auxilio de la gracia divina". El carácter milagroso del trabajo lo encontramos también en la leyenda del gato pardo quien, cada mañana y durante los cinco años que tardó la elaboración de los arcos de Tepeyahualco, le traía conejos y codornices cazados en la noche. Mendieta afirma haber visto este milagro con sus propios ojos.

Por fin, pese a lo que predecían las autoridades religiosas y la administración colonial, para quienes el acueducto nunca podría llevar agua al pueblo de Otumba, dada la disposición del terreno,⁶ Tembleque cumplió su meta. Para ello utilizó varios manantiales ubicados al pie del cerro del Tecajete (2890 m). Todavía se pueden ver, cerca del pueblo de Santa María Tecajete, tres pozos antiguos que seguramente son del siglo XVI, y de donde sale un caño de agua: es el principio del acueducto. El trabajo duró por lo menos 17 años; cinco de ellos fueron necesarios para la parte que cruzara la barranca de Tepeyahualco, arriba del río Tecocomulco. Según Mendieta, el acueducto alcanzaba 15 leguas de largo.

En su Teatro Mexicano,⁷ Vetancurt repite gran parte de las informaciones de Mendieta, y añade muchas cosas, a veces inspirándose en Torquemada.⁸ Se construyeron tres puentes: el primero de 46 arcos, el segundo de trece, y un tercero, el de Tepeyahualco, cuyo arco central "a los que lo ven causa asombro, que si fuera

paso podía por debajo del passar un navío de porte a vela tendida". La perfección de la obra era tal que 140 años después de acabada, no había ninguna piedra rota, y no se podía encontrar ninguna hierba entre las piedras.⁹ Además, nunca faltó agua, salvo en 1674; pero ya el año siguiente el problema se había arreglado merced a la intervención de san Nicolás. En la obra de Vetancurt, la anécdota del gato pardo se presenta de manera diferente: algún día, el alcade mayor don Juan Cavallero vino a verlo para tratar de persuadirle de que todos sus esfuerzos no servirían para nada, puesto que los manantiales del Tecajete estaban supuestamente situados a un nivel más bajo que el pueblo de Otumba. Entonces apareció el gato pardo trayendo un conejo para el padre. Cortésmente, Tembleque pidió otro conejo para el visitante, y para su gran sorpresa el animal le obedeció. Para Cavallero no cabía duda alguna: el fraile estaba bajo la protección de los santos.

Al contrario de Mendieta, quien no menciona ninguna fecha de construcción, Vetancurt nos propone una, aunque de manera indirecta. En efecto, su libro sale en 1698, y como escribe que el acuerdo había funcionado sin problemas desde hacía 140 años, se puede pensar que la fecha en que se concluyó sería la de 1548. Tomando en cuenta los 17 años necesarios para su realización, se obtiene como fecha de principio de la obra 1531. Esta fecha muy antigua (sólo diez años después de la caída de México-Tenochtitlan) corresponde más o menos con lo que dice fray Juan de Torquemada. En casi todos los detalles el texto de Torquemada es una paráfrasis de lo que escribe Mendieta, pero añade que a partir de que se terminaron los trabajos, es decir desde hacía 60 años, nunca había faltado el agua, y que los peores terremotos no hicieron ningún daño al acueducto. Ya que Torquemada escribió su libro entre los años 1609 y 1612, el acueducto tuvo que haberse terminado entre 1549 y 1552, y se empezaría entre 1532 y 1535. A pesar de estas informaciones, Octaviano Valdés pensaba que el trabajo no habría podido empezar antes de 1543, para acabarse en 1560, 17 años más tarde. Funda su hipótesis en el hecho de que Mendieta, quien llegó a la Nueva España en 1554, probable-



Relación geográfica de Zempoala

mente visitó a Tembleque dos o tres años después. En esta época, el franciscano trabajaba en los arcos de la barranca de Tepeyahualco, y le faltaban por lo menos dos o tres años antes de poder llevar agua a Otumba (se necesitaba un caño de cuatro leguas). Así que llegamos a la fecha de 1560 para la conclusión de los trabajos. El problema de esta interpretación es que Mendieta no especifica la fecha de su visita al padre Tembleque, y que la propuesta de Octaviano Valdés no tiene una base muy firme.

Tampoco nos brinda información al respecto la *Relación Geográfica de Zempoala*.¹⁰ Redactada en 1580, no hace más que recordar la existencia de la obra de Tembleque, pero sin hablar del fraile:

Trujeron dicha agua de una legua de donde estan congregados, del pie de un cerro que llaman Tlecaxtitlan, que quiere decir "cerro hecho a manera de brasero", porque, en la cumbre del dicho cerro está un llano hecho como brasero. Trujeron el agua por unos arcos de calicanto hasta en medio de la congregación, en una fuente en medio de la plaza de los cuatro dichos pueblos, y corre por todas las calles.

El mapa que acompaña la relación propone sin embargo una de las primeras representaciones, la primera quizás, del acueducto. Se pueden ver, en efecto, cuatro arcos frente al pueblo de Tepeyahualco, así como el caño de agua que sale del cerro Tlecaxapa, simbolizado por un tepetl coronado por llamas. Una parte de este caño va a juntarse con los arcos, mientras que la otra viene a dar en la fuente de un tianguis.

Muy temprano, el acueducto de Tembleque se convirtió en un lugar "turístico", y los relatos de los admiradores de la obra del franciscano abundan. Ya en 1585, fray Alonso Ponce al visitar los conventos de la provincia franciscana quiso ver los famosos arcos.¹¹ En el siglo XVIII, cuando todavía pasaban las aguas por el caño del acueducto, el capuchino Francisco de Ajofrin, de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, admiraba las proporciones de esos arcos tan delgados y tan altos. Según su opinión, la obra era muy

milagrosa pues la fuente de donde salía el agua era más baja que su punto de llegada, y además el franciscano que lo concibió no conocía nada de arquitectura.¹² Para ilustrar su descripción, Ajofrin dibujó los arcos principales y algunos de los glifos estudiados por Garibay y Galarza. Por otro lado, según lo que dice Madame Calderón de la Barca, en 1840 ya no funcionaba el acueducto.¹³ Se puede pensar que hacía tiempo que el agua ya no salía, porque ésta escribe que nunca llegó a concluirse el acueducto, dejando a los habitantes de Otumba sin agua. El guía no hubiera olvidado que a fines del siglo XVIII todavía llegaba el agua hasta Otumba: al parecer, el acueducto terminó de servir hacia 1800.

Como se puede ver, no faltan las descripciones de la obra de Tembleque, pero esas descripciones no responden a las preguntas y dudas que se presentan: de hecho, es un milagro que el padre haya realizado tal obra sin tener ningún conocimiento de arquitectura. Pero si tomamos en cuenta que fueron los indios los que construyeron los arcos, el milagro se reduce. Por otra parte, nos falta información veraz sobre las fechas de construcción del acueducto, dado que las que tenemos ahora están basadas en hipótesis e interpretaciones (además, no concuerdan entre sí). En fin, se tienen datos sobre las técnicas de construcción, pero no ocurre lo mismo en el caso del contexto histórico, político y social en el cual se decidió emprender la obra. Este es un punto que tenemos también que aclarar.

Las respuestas de Tembleque

El documento aquí presentado da respuesta a casi todas esas preguntas. Se trata de un manuscrito del Archivo General de Indias de Sevilla, registrado bajo el número 1029 del Ramo Justicia. El título completo es: "Información hecha por D. Luis de Velasco Virrey de Nueva España, sobre lo tocante al agua que se lleva al pueblo de Otumba". Su fecha es de 1562, pero contiene varios documentos anteriores, del año 1558, entre los cuales está el texto que nos interesa. La escritura del manuscrito es una cursiva del siglo XVI. El conjunto, es decir 93 fojas recto-verso,

parece haber sido escrito por una sola persona, como lo demuestra la homogeneidad del grafismo. La información trata de una petición de los indios de Otumba que quieren ser relevados del tributo pagado a la Corona, dado que están construyendo un acueducto con el cual van a traer a su pueblo el agua potable que necesitan; éste les cuesta mucho trabajo, y además gastan en su realización gran parte de sus ingresos. En el marco de la información encomendada al juez Alonso de Bazán,¹⁴ y registrada por el escribano de su Majestad Alonso de Quadro, se convoca a muchos testigos que tienen que contestar a quince preguntas sobre la región de Otumba y de su falta de agua; sobre la situación económica de los habitantes del pueblo; sobre las técnicas utilizadas en la construcción del acueducto; sobre el tributo y sus consecuencias para los indígenas; sobre los problemas que tienen que enfrentar los mismos indígenas por culpa de este trabajo.¹⁵

Se presentan tres categorías de testigos:

—Españoles, como Agustín de las Casas (fol. 14 v.), Diego Ramírez de Barrio Nuevo, corregidor de Otumba (fol. 58 v.), Gregorio de las Ribas, conquistador y vecino de México (fol. 69).

—Indios, provenientes de los pueblos circundantes, y cuyas respuestas traduce el intérprete Juan Nuñez; cada pueblo (Tepeapulco, Zempoala, San Juan Teotihuacán, Huetaca (?), Octotiquipac (sic -seguramente Oxtoticpac), Achichilacayucan (sic) presenta dos principales (fol. 26 v.-fol. 58 v.).

—Franciscanos, que los indígenas de Otumba presentan como testigos para reforzar su punto de vista frente a las autoridades españolas. Del convento de Tulancingo viene Juan de Mansilla; del de Zempoala, fray Antonio de Herrera (fol. 64 v.); y de Otumba fray Lorenzo de Villanueva (fol. 67 v.), fray Juan Buenaventura (fol. 23 v.), fray Juan de Romanones (fol. 18 v.), el ilustre compañero de Tembleque, y sobre todo fray Francisco de Tembleque, el mismo fraile que ideara el acueducto.

Por primera vez, aparece un manuscrito de la época en donde el padre Tembleque habla de sí mismo, de la región de Otumba, y de la gran obra que se está realizando bajo su dirección.

Transcribimos las respuestas del franciscano y las presentamos en este corto estudio, dado que las informaciones que nos brindan modifican la historia hasta ahora conocida del acueducto. Se sabía en efecto que el padre falleció en 1579 o 1580, después de una tentativa de asesinato perpetrada en contra de su vida por un fraile lego puesto a su disposición, y que tenía en aquel entonces una edad muy avanzada. Pero su fecha de nacimiento era desconocida. El manuscrito de Mendieta descubierto por J.P. Berthe en Madrid afirma sin embargo que en 1570 Tembleque tenía 60 años: habría entonces nacido en 1510. El interrogatorio de Tembleque confirma esta fecha, dado que dice textualmente "que es de edad cuarenta y ocho años poco más o menos" (fol. 72 v.). Como el documento es de 1558, la fecha de nacimiento es seguramente 1510; murió a la edad de 69 ó 70 años.

En cuanto a la construcción del acueducto, aunque no conocemos la fecha en que se terminó la obra, nos dice el padre que los trabajos empezaron a fines de febrero de 1555, y que se comenzaron a juntar los materiales seis o siete meses antes, es decir en agosto o en septiembre de 1554. En 1558, ya tres leguas y media (un tercio de la obra) estaban acabadas (pregunta siete, fol. 73 v.). Tembleque no pensaba que fuera posible terminar el trabajo antes de cinco o seis años, así que se puede deducir que se concluyó hacia 1564. Pero al parecer, en 1558 todavía no había llegado el acueducto a la barranca de Tepeyahualco, y sabemos que únicamente para la construcción de esos arcos se llevó cinco años. Según el parecer de Juan de Bazán (fol. 92-92 v.), en febrero de 1558 el agua llegaba a poca distancia de un lugar en donde se tenía que hacer un puente muy importante: se trata seguramente de esta barranca. Por consecuencia, se necesitó más tiempo para acabarlo. Si admitimos para que se concluyera el acueducto los 17 años propuestos por Torquemada y Vetancurt, la obra se terminó en 1572, es decir mucho más tarde de lo que hasta ahora se pensaba.

Cuando habla del acueducto y de su construcción, otro punto muy importante del interrogatorio, el padre Tembleque nos brinda mucha información que los historiadores y los cronistas

de su época no recordaron. Según él, en efecto, 300 o 400 hombres eran necesarios para trabajar en la obra diariamente; 300 o 400 indios olvidados por la historia, pero que idearon sin duda alguna la estructura del edificio, dado que Tembleque no conocía nada de arquitectura. Los muros de adobe que todavía se pueden ver hoy en día entre los arcos, son una prueba que se emplearon, para su construcción, técnicas indígenas y prehispánicas. El número de obreros empleados en la obra parece enorme, y aunque no se conoce exactamente el promedio de población de la región de Otumba, se puede pensar que la mayoría de los hombres sanos participaba en esta tarea. Pero el trabajo de los hombres es una cosa; no se puede olvidar por otra parte el trabajo de las mujeres. Este aspecto de la división del trabajo en la sociedad indígena fue completamente ocultado por los cronistas. A pesar de todo, el texto de Tembleque nos hace recordar que cuando se trataba de un trabajo común, de la importancia del acueducto de Zempoala, todos participaban en el esfuerzo. Así, mientras que los hombres trabajaban en levantar los arcos monumentales, o cavaban la tierra para colocar en su lugar el caño de agua, las mujeres se quedaban en casa para tejer telas de algodón que vendían después en los tianguis. El dinero que percibían de la venta de esas mantas (producto típicamente indígena, que refleja la persistencia de una tradición prehispánica) servía para comprar los materiales que no se encontraban en el territorio de Otumba, como la cal, por ejemplo (fol. 76). Este tipo de financiamiento no era muy frecuente en la época colonial; cuando se trataba de la construcción de un acueducto generalmente el dinero provenía de las autoridades virreinales, del cabildo de una ciudad, o de una orden religiosa. El caso del acueducto de Tembleque es muy específico, y eso le da un valor histórico aún más importante.

El problema del financiamiento de la obra, raíz de la petición hecha por los indios de Otumba, es una consecuencia directa de los altos costos de fabricación de un acueducto que atravesaba tres barrancas, entre ellas la de Tepeyahualco, particularmente ancha y honda, y para el que se necesitaban arcos de mampostería, y materiales

caros por escasos. Este aspecto no interesaba a los autores que ya mencionamos, pero es esencial para entender la obra. Desafortunadamente, el padre Tembleque no contesta directamente a la pregunta del juez, así que no se pueden calcular los gastos realizados por los indígenas. Todo lo que dice Tembleque es que la obra cuesta más caro que lo que se puede pensar, y que va a costar aún más porque faltan todavía las partes más difíciles (pregunta ocho, fol. 74). A pesar de todo, la Real Audiencia, en el parecer enviado al real Consejo de las Indias, calcula que se gastarán en la obra un total de 20 mil pesos, y que ya los indígenas han pagado 15 mil pesos para comprar sus materiales (el texto es de 1562-fol. 93). Puesto que según la misma fuente, los indios de Otumba pagaban cada año 2500 pesos de tepuzque como tributo, se puede ver la cantidad enorme de dinero invertido en la obra.

Por otra parte, Tembleque no habla mucho de su trabajo personal. Sabemos que se encarga de la dirección de la obra, como lo dice el texto de presentación del testigo: "El padre fray Francisco de Tembleque, a cuyo cargo está el traer de la dicha agua desde que se comenzó a traer" (fol. 72). Pero según parece, su trabajo es más bien un trabajo de organización y de control que de arquitectura, ciencia que debía desconocer, aunque no podemos asegurar nada: la construcción del acueducto, en efecto, necesitó el uso de conocimientos arquitectónicos sin los cuales la obra no hubiera podido llevarse a cabo. En cambio, jugó un papel fundamental en la determinación del trayecto del acueducto, y en la búsqueda de las fuentes más adecuadas. Hizo muchos recorridos por la zona para medir el terreno y escoger los pasos más practicables (pregunta seis, fol. 73 v.). Sus cálculos no resultaron malos, a pesar de la oposición de los principales maestros que vinieron a Zempoala y Otumba para verificarlos. Cuando habla por ejemplo de las nueve leguas "más o menos" que separan a las fuentes de su punto de llegada, él está más cerca de la realidad que Torquemada y sus quince leguas.

El contexto histórico y social

Además de las informaciones que se refieren al

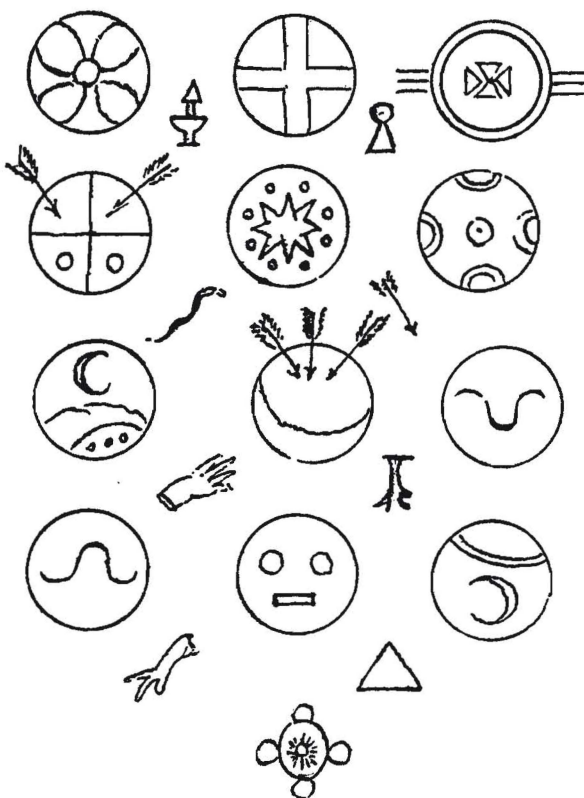
propio acueducto, las respuestas de fray Francisco de Tembleque evocan la vida cotidiana de los indios de la región de Otumba a mediados del siglo XVI. En torno al problema del agua, de su control y de su distribución se exacerbaban los conflictos no sólo entre españoles e indios, sino también entre las mismas comunidades indígenas. En esta época empiezan a aparecer cambios en los paisajes: las poblaciones prehispánicas fueron obligadas a congregarse con el fin de controlarlas mejor. En una región cuyo clima es seco, y donde los escasos arroyos no bastan para alimentar la población nativa, el agua es un motivo, o un objeto, de luchas: la construcción del acueducto de Tembleque puede modificar su panorama político, económico y social, y el trayecto que sigue contribuye a reorganizar el espacio regional. El virrey, por ejemplo, en su parecer, declara que "se poblaran muchos por las partes por donde ha de venir el agua" (fol. 93). De hecho, hoy

en día se puede ver la línea de poblaciones (haciendas, pueblos o aldeas) que sigue el trayecto del acueducto. En este contexto, y a partir de nuestro documento, es posible inferir una serie de conflictos que traducen un cambio en las estructuras que solían gobernar las relaciones entre los diferentes actores de la vida económica.

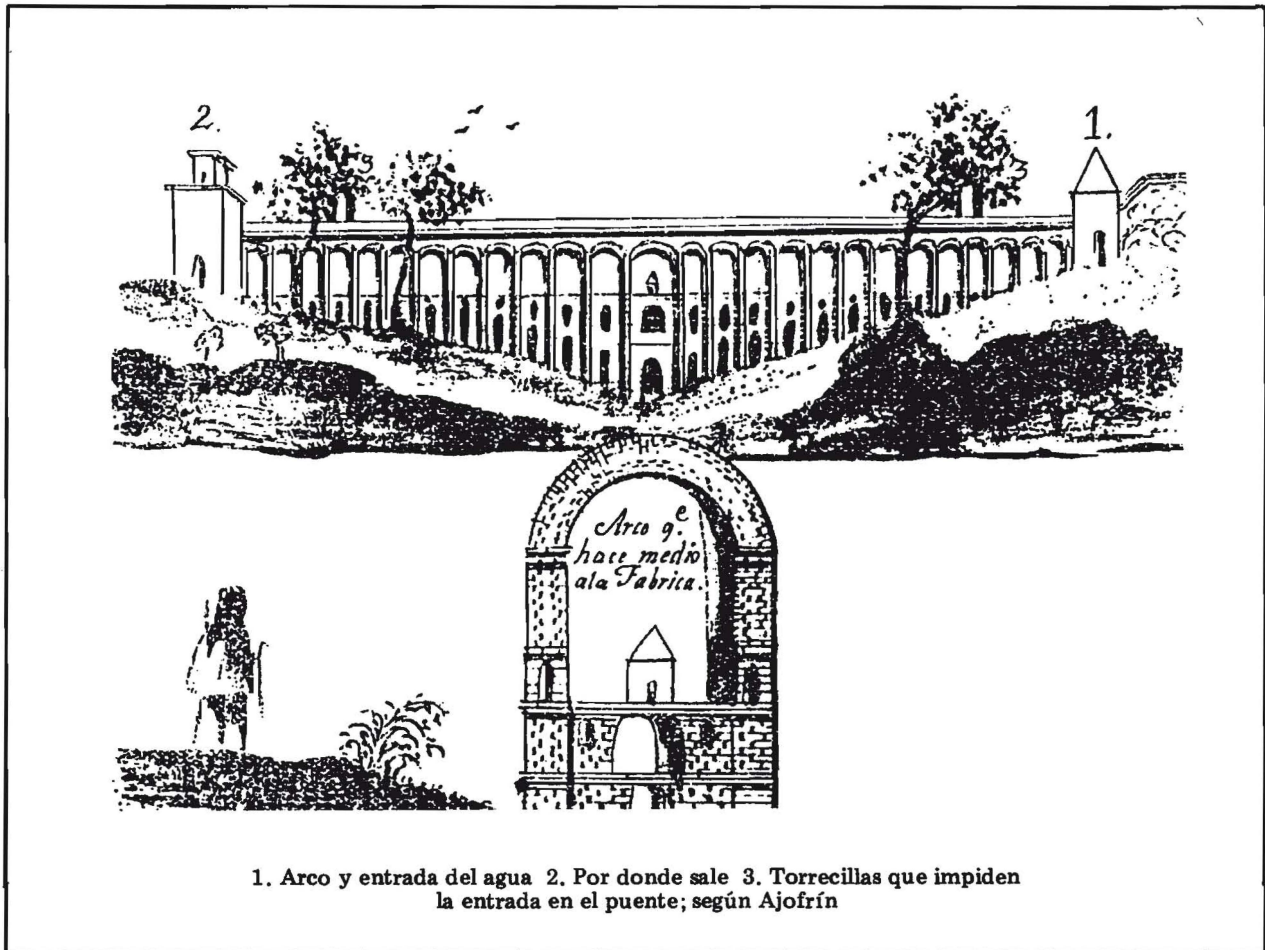
1) Los conflictos entre españoles e indios

El agua que usaban las poblaciones indígenas para beber, antes de la construcción del acueducto, era principalmente el agua de lluvia recogida en los tradicionales jagüeyes. Esos jagüeyes, al parecer, no tenían techo, ya que el ganado español podía beber ahí sin dificultad.¹⁶ Este ganado constituye la primera fuente de conflicto entre las dos comunidades. En efecto, como lo indica Tembleque (pregunta cuatro, fol. 73), los bueyes y las vacas traídos por los españoles contaminan el agua hasta entonces reservada a los hombres. Esos tanques se transforman rápidamente en focos de infección y provocan el desarrollo de muchas enfermedades en las poblaciones indígenas. Lo interesante en la reflexión de Tembleque, es que enfrentamos aquí un fenómeno nuevo, estrechamente ligado a una actividad que no existía antes de la llegada de los españoles.

La segunda causa de conflicto, aparentemente, es más aleatoria: depende de la situación del pueblo de Otumba, ubicado en el Camino Real que va de México a Veracruz, y también a las minas de Pachuca (pregunta once, fol. 74 v.-75). Pero otra vez es el desarrollo de dos actividades de origen español el causante de problemas: hablamos de la industria minera, y del aumento de los flujos regionales e intercontinentales entre México y la Costa del Golfo, verdadero cordón umbilical entre la metrópoli y su colonia. Esos flujos, además, están basados en el uso de carretas y de mulas; éstas multiplican las posibilidades de transporte, por lo que muy temprano las autoridades virreinales modificaron los caminos prehispánicos. En cuanto al caso de Otumba, esos flujos comerciales contribuyeron a acentuar un problema ya sensible: el abastecimiento de agua potable. En el mejor de



Signos y figuras en el acueducto de Zempoala



los casos, los viajeros no paraban en un pueblo en donde faltaba el agua, aunque eso suponía que Otumba no sacaba ningún provecho de su ubicación estratégica en una de las rutas más importantes de Nueva España. En el peor, se paraban y les robaban el agua a los indios. Como buen pastor y buen dialéctico, Tembleque hace hincapié en el hecho de que el acueducto serviría a la vez para los indígenas y para los viajeros del Camino Real, dado que se estaban construyendo fuentes y pilas de agua potable a lo largo de toda la obra (pregunta diez, fol. 74 v.). Todavía se puede ver una de esas cajas de agua en la entrada del pueblo de Otumba, pero también en Zempoala y en las dos extremidades de los arcos de Tepeyahualco.

2) Conflictos entre comunidades indígenas

Pero traer el agua a un lugar significa también quitársela a otro. El agua conducida a Otumba viene de muy lejos, fenómeno que extraña a las autoridades españolas, para quienes hubiera sido más fácil captar el agua de fuentes más cercanas, como las de Tepeapulco, o de Texcoco. Esta posibilidad, sin embargo, presentaba dos inconvenientes mayores: el primero de carácter técnico, puesto que traer el agua de otro lugar diferente de Zempoala suponía también no atravesar las mejores tierras de la región (era entonces el trayecto más útil). El segundo era más de tipo político o económico: los indios de Tepeapulco y de Texcoco no aceptaron ceder su agua a

los de Otumba, ni tampoco vendérsela. Este aspecto de la construcción del acueducto fue olvidado por los dos principales de Tepeapulco, cuando se les preguntó los motivos de la longitud tan inusitada del caño (fol. 28-31). Por otra parte, el manuscrito nos informa que los indios de Otumba no gozaban gratuitamente del agua de Zempoala. Se estableció un contrato entre las dos partes: los de Otumba tenían que pagar a los de Zempoala veinte pesos de oro común cada año, además de los trabajos realizados para traer a su pueblo el agua potable (quinta pregunta, fol. 73).

Este contrato es muy similar a otro estudiado por José Lameiras en un litigio entre los indios de Teotihuacan y los de Acolman en 1589.¹⁷ En este pleito, los de Acolman tenían que entregar a los de Teotihuacan la cantidad de veinte pesos de oro cada año por el uso de las aguas ubicadas en su jurisdicción, esto en lugar de los productos tradicionales que solían dar como tributo (maíz, mantas de algodón, plumas.). Es notoria la similitud de los dos contratos. Además, el pleito se lleva a cabo en la región de Otumba, ya que, como lo dice el padre Tembleque, los indios de

su doctrina iban a traer el agua desde el pueblo de San Juan Teotihuacán, situado a dos leguas de su pueblo, cuando lo necesitaban (tercera pregunta, fol. 72 v.-73). No se sabe si existía desde la época prehispánica un acuerdo entre Teotihuacán y Otumba, pero es probable que sí, y seguramente éste tenía bases similares a las que acabamos de ver, y que se repitieron con los indios de Zempoala.¹⁸

Así resulta que nuestro documento es una fuente histórica bastante importante no sólo en cuanto a la región de Otumba, sino también en lo que toca a toda la Nueva España, dado que trata de muchos aspectos de la vida colonial.

Claro que se podría añadir muchas cosas a esta introducción, pero el manuscrito habla por sí mismo y no necesita tantos añadidos. Traté, eso sí, de colocarlo en su contexto, y subrayar los temas que me parecían más importantes. En cuanto a la transcripción presentada aquí, escogimos una versión en español moderno para facilitar su lectura. En cambio, no se tocó la estructura de las frases; sólo se añadió la puntuación, para mayor inteligencia del texto.

Notas

¹ En su totalidad el acueducto alcanza 34 km de largo, desde el cerro de Tecajete, de donde salía el agua, hasta el pueblo de Otumba. Los arcos de Tepeyahualco miden 38.75 m en su punto más elevado. El arco central tiene 17 m de ancho. Para todas las medidas esenciales del acueducto, uno puede referirse al estudio del arquitecto D. Ricardo Bodina, en la edición de 1979 del libro de Octaviano Valdés, pp. 164-170.

² Octaviano Valdés, *El padre Tembleque*, México, Toluca, BEEM, 1979 (primera edición: 1945).

³ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Porrúa, 1971, pp. 697-699.

⁴ *Op. cit.*, *ibidem*.

⁵ Fondo Manuscrito del Instituto de Valencia de Don Juan (Madrid). Comunicación personal del Doctor J.P. Berthe.

⁶ Se pensaba que las fuentes estaban a menor altura que el pueblo de Otumba, pero en realidad hay una diferencia de nivel de 250 m. Tenía así lugar, pese a un declive muy débil (7%), el derrame del agua. A simple vista, sin instrumentos para medir con precisión, era necesaria la fe de Tembleque para pensar que la obra fuera posible.

⁷ Fran Agustín de Vetancurt, *Teatro Mexicano, Sucesos Religiosos*, México, Porrúa, 1971, p. 119.

⁸ Fray Juan de Torquemada, *Manarquía Indiana*, Lib. XX, Cap. 63 (y no 73 como lo indica la síntesis de fuentes históricas de Octaviano Valdés, p. 148), pp. 532-535.

⁹ Hoy en día los arcos de Tepeyahualco están en excelente estado de conservación.

¹⁰ *Relaciones Geográficas de México*, México, UNAM, 1986, T. I, p. 74.

¹¹ "Entre Tepeapulco y Cempoala, no lejos del camino, están los arcos tan nombrados de Tembleque, por los cuales pasa por una barranca muy honda el agua que va encañada desde Cempoala a Otumba. Fuélos a ver el padre comisario, y causan admiración porque son altísimos, muy bien sacados y vistosos: son tres, uno encima del otro, y así viere a estar el último muy alto, y con tener esta altura, no tiene de grueso la pared más de nueve pies (...) Es toda agua maravillosa". Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de Nueva España*, México, UNAM, 1976, T. I, p. 71.

¹² Francisco de Ajofrin, *Diario del viaje que por or-*

den de la sagrada congregación de propaganda fide hizo a la América septentrional en el siglo XVIII el padre fray Francisco Ajofrin, capuchino, Madrid, Archivo Documental Español, 1959, T. II, p. 211.

¹³ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 1976, Carta XVI.

¹⁴ "Vecino desta ciudad, persona de toda confianza", enviado a ver el estado de la obra en virtud de una real cédula del 3 de julio de 1556, que pedía más información sobre el proyecto del padre Tembleque (fol. 93).

¹⁵ Al final de cuentas, Alonso de Bazán propuso suspender el pago del tributo de los indígenas de Otumba durante tres años (fol. 92 v.). El virrey y la Real Audiencia aceptaron la propuesta, pero en 1562 (fol. 93), es decir cuatro años después de la visita del juez al acueducto.

¹⁶ Subsisten en el pueblo de Otumba tres grandes

jagüeyes que recogían el agua de lluvia. El primero se ubica atrás del convento; el segundo a un lado del hospital antiguo, en la calle fray Francisco de Tembleque, por donde llegaba el acueducto al pueblo; el tercero a la esquina de las calles de Miguel Lerdo de Tejada e Isidro Favela. Son obras, al parecer, del siglo XVI. Sus dimensiones son considerables (el más grande alcanza 11 metros de ancho sobre 26 de largo, y casi 8 de hondo). Hoy en día esos jagüeyes sirven de basurero.

¹⁷ "Relaciones en torno a la posesión de tierras y aguas: un pleito entre indios principales de Teotihuacán y Acolman en el siglo XVI", en Rojas, Strauss, Lameiras, *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el Valle de México*, México, SEP-INAH, 1974.

¹⁸ Sabemos por otra parte que los franciscanos construyeron un convento en Zempoala como compensación al agua entregada al monasterio de Otumba (fol. 19 v.).



21 - «Vio que en ese Estado se respetaba tanto a los hombres como a las mujeres»